

Andrés Carrera

Be Strong

SINOPSIS

Adam Fox nunca deseó ser el hermano mayor. No quería a su hermana menor, Michelle.

Tenía en la cabeza el ligero pensamiento que cuando Michelle naciera, sus padres le pondrían más atención a su hermana que a él. Sin embargo, con el tiempo, Adam fue creando un relación mucho más profunda, y pronto entenderá que será Michelle quien le enseñe a querer a la gente.

Be Strong es una conmovedora historia del amor de un hermano a hermana, prometiendo llevarte hasta el límite de los sentimientos y dejándote un buen mensaje...

Para mi hermano Isidro Carrera,
Quien me ha demostrado que no solo es mi hermano, sino también mi
compañero.

Primera Parte:

NACER

Un rayo luminoso del sol, traspasó por la delgada cortina de Adam pegándole justamente en la cara. Su sueño era pesado, que eso no era suficiente como para despertarlo..., sin embargo, había una persona que sí podía: su hermana.

Se encontraba a la mitad de uno de sus mejores sueños, con una tranquilidad que le arrullaba hasta el amanecer, pero hoy no. Su tranquilidad se vio interrumpida cuando la voz chillona de Michelle, llegó con todas las fuerzas y se puso a saltar en la cama encima de Adam.

–¡Adam! ¡Adam! ¡Ya despierta! ¡Es sábado! –bramaba mientras brincada una y otra vez. El cuerpo de Adam se hundía y se alzaba en la cama.

Adam pegó un brinco, como si fuese un gato al que le acaban de echar una cubeta llena de agua fría. Michelle, ágilmente se hizo a un lado y cayó al otro lado del buró de Adam, acostada.

–¿Qué?! ¡Estoy despierto! ¡Estoy despierto...! –exclamó. Miró a su alrededor para ver si sus padres se encontraban cerca pero en vez de eso, solo vio a la entrometida de su hermana.

Michelle, una pequeña de siete años, tenía el cabello alborotado como usualmente lo tiene en las mañanas, su cabello era ondulado de color rubio y caía hasta la mitad de su pequeña espalda. Poseía consigo unos inconfundibles ojos azules. A su lado, se encontraba Adam, su hermano mayor, él era un chico ya de diecisiete que se encontraba en la cúspide de sus hormonas a esa edad. Lo que Michelle no sabía, desde luego, era que Adam nunca deseó que ella naciera.

Todo empezó meses antes de aquél 26 de Agosto de 1997, cuando los primos mayores y tíos de Adam, le decían que en cuanto ella naciera, su vida cambiaría y que prácticamente sería invisible para sus padres. Y así fue, claro..., no de manera literal pero la atención de los padres de Adam era principalmente hacia la pequeña Michelle. Él, solo observaba como jugaban con ella en el patio, con ese viejo columpio, mientras él se dedicaba a hacer tarea sin ayuda de nadie, observándolos desde el comedor hasta el patio trasero por la ventana. O cuando se levantó temprano por una pesadilla, se fue al cuarto de sus padres para refugiarse en sus brazos pero en vez de eso, solo vio la cama desecha, fue al cuarto de Michelle y ahí se encontraban ambos, abrazados sin que nada en el mundo pudiera despegarlos.

Con el tiempo, de manera muy forzada y seca, Adam fue aceptando el hecho de ser ya una persona independiente, y claro, por ratos

demostraba el poco cariño que le tenía a su hermana pero por otros (y la gran mayoría) simplemente no la soportaba.

Entonces, ese sábado, Michelle entró al cuarto de Adam sin previo aviso y se puso a brincar en la cama como una pulga, despertando así a Adam. Cuando él la vio, la expresión en su cara cambió por completo, su sonrisa matutina de un sábado por la mañana no se vislumbraba, en vez de eso, un rostro llenos de seriedad y mirada fría, se fijaba en el lindo rostro de la pequeña Michelle. Adam se levantó de la cama, estaba vestido solo con una camisa vieja y en shorts, bostezó y le dijo:

–Pequeña monstruo, ¿por qué me levantas tan temprano? –la sonrisa de Michelle se borró en un parpadeo.

–Adam, ¡hoy es sábado! ¿Lo olvidas? –dijo ella apenada.

–Exacto, hoy es sábado, hoy duermo hasta la cena, ¡déjame en paz!

–Pero Adam... –replicó ella–, hoy es el día que me dijiste que me llevarías al cine, ¿lo olvidas?

«Sí, lo olvidé», pensó Adam. Hace una semana, Adam se encontraba al cuidado de Michelle mientras su mamá se bañaba. En la tele, un programa que a Adam no le gustaba se vio un adelanto de una película animada que a Michelle le llamó por completo la atención, ella le exigió que la llevara a verla, y él le dijo que sí con tal de que se callara. Quizá Adam se lo tomó a la ligera, pero Michelle no. Cada palabra que provenía de la boca de Adam, era algo más para ella. De hecho, ella lo quiere como a nada en este mundo.

Como la vez en que Michelle no paraba de chillar, su mamá se estaba desesperando, llamó a Adam y le dijo que la cargara un momento en lo que ella preparaba su mamila, Adam a regañadientes lo hizo, le habló una y otra vez diciéndole «Cállate, pequeño monstruo», increíblemente, Michelle dejó de llorar y pegó una sonrisa, mostrando sus encías y un solo diente de leche. Adam en ese momento, no pudo describir lo que sentía, el verla sonreír, era algo que a él le gustaba, y a Michelle también. Otro momento cuando Michelle quería jugar, pero mamá estaba ocupada y le pidió de buena manera a su hermano, que jugara con ella, al final, Adam terminó aceptando y empezaron a jugar, al principio de mala gana, pero después, más y más se divertían. Esos momentos, claro, eran tan escasos que Adam no los recordaba. Al menos no ese día...

–Oh, cierto –dijo Adam–. La película esa. Mira, hoy tengo que salir a hacer tarea en equipo, lo siento, será para próxima.

Michelle puso su cara de seria a triste. En verdad había estado esperando ese día para poder ir al cine con su hermano, pero él estará “ocupado” y lo entiende.

–Está bien, será para la otra –dijo ella y se marchó.

Lo que no sabía, desde luego, es que Adam sí iría al cine, y no a hacer tarea. Durante esta semana Adam ahorró para poder ir al estreno de una película totalmente sangrienta, apta para adultos, pero él y sus amigos se aventurarían a verla.

Michelle salió del cuarto y llegó hasta la cocina, donde su mamá se encontraba haciendo el desayuno..., papá ya se había ido al trabajo. La pequeña, entró cabizbajo y sin darse cuenta, se pegó en la frente con la mesa. El sonido fue sordo, pero su mamá lo oyó.

–¡Ay, cariño! ¿Estás bien? ¿Qué tienes? –le preguntó al notar su rostro lleno de tristeza y decepción.

–Adam no podrá llevarme al cine, dice que hará tarea con sus amigos –respondió ella.

–No te preocupes corazón, debes entender que ahora, tu hermano se encontrará ocupado... –le dijo su mamá tratando de consolarla.

–Pero es que siempre me dice eso –replicó ella–, siempre. Nunca tiene tiempo para mí.

Aquellas palabras habían tocado el corazón blando de su mamá.

–Mira –empezó su madre–, si me apuro a limpiar la cosa hoy, te llevo al rato, ¿sí?

–No... pero es que..., yo quiero que me lleve Adam...

Adam se encontraba caminando con sus amigos de regreso de ver esa película. Iban platicando sobre las mejores escenas del film y hacían los movimientos como lo hacían los actores.

–...entonces tomó el cuchillo y “¡Bum!” se lo enterró en la cabeza... – comentaba Alfred.

–...o cuando tuvieron sexo en la cabaña...–decía Marcos.

–...y también cuando resultó ser que el novio de la muchacha era el malo...–agregaba Thomas.

Iban caminando a casa de Alfred, para ir a jugar videojuegos, la tarde era joven así que, ¿qué más da? Pensó Adam.

Marcos llevaba un cigarrillo en la mano, encendido, Adam no pudo evitar verlo llevárselo a la boca una y otra vez. Marcos lo cachó y le dijo:

–¿Qué ves? ¿Quieres un poco?

–No... –contestó Adam un poco inseguro–, no gracias.

–Anda, no seas nena, solo una vez. No pasa nada –insistió Marcos.

–Bueno, está bien –le dijo al fin.

(¡Idiota!). Tomó el cigarro y se lo llevó a la boca, y como todo un adulto Adam inhaló y después sopló. El humo salía de su boca y se desvanecía a unos cuantos centímetros después. Sintió una ligera tranquilidad, una agradable tranquilidad, lo cual repitió el acto nuevamente. Cerró los ojos e inhaló y exhaló.

De pronto, su tranquilidad se vio desaparecida, cuando notó que al frente de ellos, vio un rostro que se le hacía conocido... no solo era uno... ¡eran tres! Michelle, quien la estaba cargando su mamá y a su lado, el papá de Adam. Caminaban de frente y se dirigían hacia él. Adam quiso que la tierra lo tragara y salir de ahí lo más antes posible. Sería su fin. Sus padres lo regañarían en frente de sus amigos, y es hasta ahí donde su vida acabó. (¡Doblemente idiota!).

Sus padres se acercaron a él, Adam se detuvo dejando avanzar solos a sus amigos, tiró el cigarrillo y siguió avanzando sin poder creer que lo habían cachado con las manos en la masa. Adam nunca había fumado, nunca, tampoco una ligera gota de alcohol, no, pero ese día quién sabe qué le pasó por la cabeza que lo hizo por primera vez. (¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!). Sus amigos notaron que Adam se había quedado atrás, se detuvieron y voltearon hacia Adam.

–¿Qué pasa Adam? ¡Camina! –dijo Marcos.

La mamá de Adam traspasó de golpe la barrera que habían creado sus amigos y se colocó en frente de él. Su mamá era siempre la que se encargaba de darle el castigo justo a Adam y, unas que otras veces, cuando se lo merecía, a Michelle. Su papá siempre la apoyaba en todo, pero carecía de carácter, por lo que esta vez dejó el asunto en sus manos.

–¿Y cómo les fue con la tarea? –preguntó su mamá sarcásticamente.

–Yo... –comenzó Adam pero no pudo pronunciar ni siquiera una sola palabra después de eso.

–Acompáñanos, jovencito –le ordenó su madre–. Tenemos mucho de qué hablar.

Los amigos de Adam crearon una bulla en burla hacia Adam. Cabizbajo, Adam siguió a su familia hasta que tomaron un taxi de regreso a casa.

Cuando llegaron finalmente a la casa, Adam bajó rápidamente del auto y se apresuró a entrar a la casa primero, su mamá sabía que no se le podía escapar esta vez.

–Walter, paga por favor –le ordenó a su esposo. El papá de Adam pagó al taxista.

La mamá de Adam penetró hacia la casa y sin avisar, detuvo a Adam agarrándolo de su brazo.

–¡Suéltame! –exclamó Adam. Los ojos de su mamá echaban chispas.

–¡Ya basta, Adam! –Le replicó–. ¡¿Puedes explicarme qué hacías con esos vándalos?! ¡¿Qué no fuiste a hacer tarea?! ¡Dime!

–¡No me grites! ¡No tienes por qué gritarme! –se defendió Adam, para ese momento, su papá entró a apoyar a su mujer.

–¿Qué sucede aquí? –dijo el papá de Adam.

–¡Adam! ¡¿Por qué mentiste, hijo?! ¡¿Por qué?! Tu hermana quería ir al cine contigo, pero tú le dijiste que no porque ibas a hacer tarea... y lo que te vi haciendo con esos muchachos, ¡no era precisamente tarea!

–¡Ay! Siempre quieres controlar mi vida, pero no, no es así. Fui a hacer tarea pero acabamos temprano y después decidimos ir a jugar video juegos a casa de Marcos.

–Enséñame la tarea. ¿De qué materia es? –dijo su mamá.

Walter, el papá de Adam, se llevó a Michelle a la cocina pero la pequeña no podía evitar ver la escena. Lógicamente ella no comprendía el por qué le gritaban a Adam...

–El lunes hablaré con tu profesor –continuó su mamá–. Y donde diga que no dejó tarea en equipo, vas a ver cómo te va.

–¿Y qué tiene que ver eso?! Deja de entrometerte en mi vida, ¡yo nunca les importé! ¡¿Por qué precisamente ahora?! ¡Nunca les importé!

Aquellas palabras crearon un ambiente pesado dentro de la casa, los vecinos comenzaban a salir a sus patios para ver el motivo de tanta bulla.

–¡Nunca! –Continuó Adam–. Jamás lo hicieron, toda la atención se la daban a ese pequeño monstruo –dijo señalando hacia Michelle–. Yo siempre veía cómo ustedes le daban todo a ella y a mí nada –las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos–, todo esos abrazos, yo siempre intentaba refugiarme con ustedes pero ¡ella siempre estaba ahí! Para ustedes siempre está ella primera que yo, ¡siempre!

–¡Eso no es cierto jovencito! –intervino su papá.

–¡Oh, claro que lo es! Yo siempre los buscaba, y cuando ella tenía la culpa de las cosas malas que ella hacía el regañado era yo. ¡Y eso no es justo! ¡No lo es!

–Hijo –dijo su mamá tranquilizándose–, nosotros siempre te hemos amado, a ambos, por igual. Hoy no me gustó que hayas mentido no sólo a mí, a tu hermana, además de que ti vi fumando. Hijo, tú ni siquiera fumas.

–A ver –volvió a intervenir su papá–, tranquilícense, todos.

–No...

–¡Dije que se tranquilizaran! Ya estoy harto de tantos gritos.

En ese momento, en el que el señor Walter alzó la voz, Michelle comenzó a llorar. Su mamá fue rápidamente hacia ella y la cargó. Los ojos de Michelle eran se tornaban rojos y las lágrimas viajaban por sus pequeñas mejillas hasta caer al suelo. Llenas de sentimientos y amor.

Le dolía ver triste a Adam...

«DOS MESES DESPUÉS»

Michelle caminaba felizmente por los pasillos de su escuela, había rechazado y dejado de jugar últimamente, pues se cansaba rápido. Pasando frente al salón de Grupo B, Michelle iba caminando con la cabeza hacia abajo, pensando y recordando cuando Adam finalmente la llevó al cine. Ese recuerdo nunca se le olvidará. Fue una semana después de que sus padres lo hayan pillado con las manos en la masa; prometió que nunca más fumaría y hasta la fecha lo lleva cumpliendo. Volvió a ahorrar para el cine, compró los boletos y cuando finalmente regresó de la escuela, le dio la sorpresa a Michelle. Esta, comenzó a brincar y a gritar por todas partes «¡Adam me llevará al cine!», y así fue. Adam la llevó al cine y de cierta manera, la película le resultó muy buena, sin chistes forzados, con un guión muy bueno, Adam terminó divirtiéndose junto con ella.

Eso es algo que jamás se le olvidará. Jamás.

Michelle dejaba atrás al salón del Grupo B para dirigirse al suyo, el Grupo A, pero entonces, comenzó a sentir débil, sin ganas de hacer nada; como le había pasado anteriormente pero igual podía permanecer de pie, esta vez, cayó al suelo. Su cuerpo comenzó a temblar una y otra vez haciendo unos movimientos como de títere. La maestra Rose, quien se encontraba en camino hacia su salón, vio a la pequeña convulsionarse; sin pensarlo dos veces, tiró su comida y corrió rápidamente hacia Michelle.

Al ver la escena, los niños crearon un círculo alrededor de ellas; un maestro llegó abriéndose paso entre la pequeña multitud y cargó a la joven hasta la dirección.

Tiempo después, llega la ambulancia y se llevan a Michelle. El director intenta comunicarse con los familiares de Michelle.

La familia de los hermanos, comenzaba a escasear en el trabajo de su papá, por lo que, tuvieron que cancelar varios servicios como el del Cable y el teléfono, el único contacto que tenían eran los celulares de la mamá y del papá. La dirección sabía que a esa hora, el papá de Michelle se encontraba trabajando, así que optaron por llamar al número de la mamá... lo que no sabían desde luego, era que ese día, la mamá de Adam le había dado el celular, pues iba a salir tarde de clases...

Durante la clase de biología, con un maestro estricto, Adam prestaba atención a ella sin entender del todo lo que decían. Estaba

estrictamente prohibido el celular, y, para la de malas, Adam se le olvidó ponerlo en vibrador.

El tono de la llamada era perturbador, un sonido que recorría todo el salón que se encontraba en silencio prestando atención al maestro. Adam rápidamente sacó el dispositivo, vio en el Identificador que decía «ESCUELA DE MICHELLE».

–Profe, ¿me permite contestar? –preguntó Adam tímidamente.

–Clase, ¿qué dice el reglamento? –contestó el profesor. El timbre del teléfono seguía sonando.

–*Está estrictamente prohibido el uso del celular en clase. Ponerlo en vibrador* –contestó la clase armónicamente.

–Pero, profe, es de la escuela de mi hermana... –replicó Adam.

–Jovencito, sabe perfectamente las re...

–¿Bueno? –contestó Adam al celular.

Sabía que pronto, el teléfono mandaría a buzón a quien esté llamando, por lo que, juntó las fuerzas necesarias para contestar e interrumpir al maestro. Se levantó de su silla y se salió del salón, todos mirando (incluyendo el maestro) la acción que había hecho Adam. Ningún otro alumno, jamás, hizo algo parecido a esto, no al menos durante los años de enseñanza del profesor de Biología.

Afuera, Adam contestó.

–¿Quién habla?

–*Bueno, habla la escuela primera No. 18. Llamamos para informarle que su hija Michelle Fox sufrió un ataque hace unos minutos... ¿Con quién hablo?*

–Soy su hermano –contestó Adam sin poder analizar del todo la llamada.

–*Chico, tu hermana tuvo un ataque de convulsión. ¿Es posible que nos brindes el número de tu padre o tutor?*

–No... yo... ¿ya está bien? ¿Dónde está ella?

–*Una ambulancia se la llevó a la Clínica San José...*

Suficiente. Colgó y entró bruscamente al salón.

–Joven... –le dijo el profesor.

–Tengo que irme... –anunció precipitado acomodándose la mochila en la espalda, suerte que no tenía ni el cuaderno ni el libro afuera.

–Déjeme decirle que usted se ha ganado un...

–Sí, profesor, lo siento, castígueme otro día. Tengo que irme, se trata de mi hermana... Adiós.

Salió y el profesor nuevamente quedó boquiabierto sin poder creer lo que acababa de ver.

Adam no se sabía el número de su papá, pero sabía perfectamente que por su trabajo, en la fábrica, la señal era restringida, además de no contar con mucho crédito. Al escuchar las palabras del director, su corazón comenzó a latir con mucha fuerza. No sabía explicarlo bien, pero sentía algo en su pecho..., como un sentimiento que apenas experimenta... algo que vagamente se le conoce como *Preocupación*.

Desde la ida al cine con su hermana, poco a poco Adam se dio cuenta de algo: su odio no era del todo hacia Michelle, ella no tenía la culpa, sino sus padres. Se puso más rebelde pero a la vez, mucho más seco a la manera en dirigirse hacia ellos cuando les hablaba. En cambio, con Michelle empezaba a crear una relación mucho más profunda, comenzando a aceptar el hecho de que ella siempre lo ha querido y él la había ignorado, odiándola. Ahora solo le preocupa una cosa, sin saber bien a qué se debe, sólo podía pensar en una sola cosa:

Le preocupaba perder a su hermana...

Cinco días después, Michelle fue dada de alta. Los médicos le hicieron rigurosos exámenes y los resultados estarían listos en tres días. No estaban seguros de qué era lo que tenía exactamente pero, en tres días se sabrá.

El profesor de biología, habló con Adam al día siguiente:

–Joven Fox, ¿puedo hablar con usted un momento? –Adam volteó.

–Dígame, profesor –dijo Adam titubeando. Sabía que le daría una lección por lo que hizo ayer.

–Escucha –comenzó al maestro–, yo también tuve a mi hermano enfermo. Y sé lo que se siente preocuparse por él o en tu caso..., *ella*. Pasaré lo que hiciste ayer solo por tratarse de un asunto como este, pero si se llega a repetir, tomaré cartas en el asunto.

Adam arqueó las cejas, sorprendido que el profesor le entendiera. En su cabeza, pensó que probablemente esta situación se repita, Adam tenía un presentimiento de que, no será la última vez. Sin embargo, sólo se limitó a decir:

–Entiendo, gracias profe.

–No olvide hacer su tarea –le contestó y se fue.

Lamentablemente, Adam tenía razón...

Reunión de profesores en la escuela. Suspensión de clases por tres días en esta semana. Adam saltó de felicidad al ver el letrado que lo anunciaba, se había olvidado hacer la tarea de Biología.

–¡Oye Michelle! –Dijo Adam exaltando a la pequeña–, ¿y si vamos al parque?

–¡Sí!

La felicidad que le dio al escuchar esas palabras, Michelle sintió que la enfermedad misma que le corría en las venas retrocedía involuntariamente. Dio un salto y rápidamente se puso su tenis, avisó a su mamá que saldría al parque con Adam y esta también pegó una sonrisa al momento. La temperatura era algo baja, así que, no dejaron atrás un suéter.

El parque se encontraba casi vacío, eran pocos los niños que estaban ahí, y a la mayoría, ni Michelle ni Adam conocían. Optaron por subirse

primero al tobogán, subieron las escaleras, Michelle se acomodó en las piernas de Adam y se deslizaron con un grito pequeño de emoción. Dieron vueltas hasta caer al suelo y luego pegaron a reír.

Cuando el tobogán ya no era tan divertido como la primera vez, pasaron al siguiente juego; el famoso, *sube y baja*. Adam no necesitó ponerse del otro lado para poder alzar a su delgada hermana, desde hace cinco días que va bajando de peso... Arriba, abajo, arriba, abajo...

Cuarenta minutos después, Adam se encontraba cansado y decidió sentarse en los columpios un rato. Dejando a Michelle quien parecía que no se le acababa la energía, en los demás juegos, con los demás niños. Alzó la mirada, el Sol no brillaba con tanta fuerza así que no bajó la mirada rápidamente. En su pecho, sentía algo que le molestaba, algo que le preocupaba, pero, ¿qué era? Su tarea de Biología podía esperar, no era muy difícil, entonces, ¿qué es? Ese sentimiento se quedó estancado en su pecho hasta que bajó la mirada.

-Hola -dijo ella.

Adam volteó a su lado derecho.

-Hola -contestó pegando una sonrisa.

A su lado, se encontraba una chica de su edad, muy linda. Pelo lacio color castaño, ojos cafés claros (resaltaban por la opaca luz del día), labios un poco carnosos, como estaba sentada, no parecía ser tan alta que Adam. Se columpiaba de un lado a otro pero sin mucha fuerza, aún así, Adam la seguía con la mirada.

-¿Ella es tu hermana? -preguntó la chica señalando hacia Michelle.

-Sí -respondió-. Ella es.

-Es linda.

-Claro que lo es, es mi hermana -la chica se echó a reír un poco y Adam no pudo evitar hacer lo mismo.

-¿Vienes acá muy seguido?

-No, ahora se me pegó la gana. No tengo clases así que dije "¿Por qué no?". Y, heme acá.

-Sí, no te había visto antes -dijo ella sin dejar de mirar a Michelle.

-¿Tú vienes muy seguido por acá? -preguntó Adam.

-No -contestó la chica casi apresuradamente-. Sólo cuando los ángeles lo hacen.

¿«Sólo cuando los ángeles lo hacen»? ¿A qué venía con eso? Adam puso la cara un poco extrañado, quiso preguntar a qué se refería con ello pero le dio un poco de pena, así que cambió de tema.

-¿Quieres jugar con nosotros? -la chica volteó rápidamente hacia él.

-Sería genial -dijo ella con entusiasmo.

Se bajaron de los columpios y corrieron hacia Michelle. Adam se la presentó y los tres empezaron a jugar. ¿Quién lo diría? Un chico y una chica de unos 17 años jugando con una niña de 7 en un parque? Eso es algo que Adam no estaba acostumbrado hacer, entonces, ¿por qué lo hizo? El sentimiento en pecho seguía latente como su corazón...

Finalmente, después de casi cuatro horas, la energía de Michelle se estaba acabando y era hora de ir a comer. Se despidieron de la chica, y caminaron agarrados de la mano en dirección a casa.

-¿Quién era ella Adam? -preguntó Michelle.

-No lo sé, nunca le pregunté su nombre. Mañana lo haré.

-¿Mañana? ¿Mañana regresaremos?

-Lo haremos -le contestó.

-¡Qué bien! Me agrada esa chica...

-¿Ah, sí? -dijo Adam mirándola con las cejas arqueadas.

-Sí -afirmó ella-, es tierna. Me dijo que yo era un ángel.

Después de que Adam terminó sus obligaciones, se alistó y preparó para ir al parque nuevamente. Michelle ya estaba lista.

Caminaron hasta llegar y como se lo imaginaban, ahí estaba la chica nuevamente. Adam se quedó extrañado al notar que traía la misma ropa que ayer... Ella se encontraba en el mismo columpio que ayer, los vio mientras llegaban y sonrió.

-Volvieron -dijo con tono de alegría.

-¿Podemos jugar ya? -preguntó Michelle impaciente.

Y nuevamente jugaron. El ir al parque cada tarde, se convirtió en rutina para ambos y siempre jugaban la chica. Nunca supieron su nombre.

«TRES DÍAS DESPUÉS – ENTREGA DE LOS RESULTADOS DEL EXAMEN».

Los resultados de los exámenes que le hicieron los médicos a Michelle serán entregados HOY a sus familiares.

Se sentaron en las sillas que están frente al escritorio del médico. Nervioso, la pierna de Adam no dejaba de moverse. En las manos del doctor, llevaba una carpeta con el logo de la clínica, suspiró y tomó asiento. Abrió la carpeta y sacó unas hojas blancas, se colocó los lentes y leyó. Después de un rato, bajo los documentos, miró a Michelle y volvió a suspirar.

-¿Qué sucede doctor? -preguntó Adam antes que sus padres.

Era lógico pensar que, Adam era el más nervioso. Su cariño hacia Michelle iba creciendo cada segundo, y ahora le preocupaba en verdad a ella. Michelle se bajó de las piernas de su papá y se subió a las piernas de Adam, él la abrazó esperando la respuesta del doctor.

-¿Doctor? -insistió.

El doctor, quien era un poco joven, se levantó de su silla, acercó los documentos hacia su familia y la mamá de Adam los tomó. Intentó leer pero eran demasiados tecnicismos que le fue imposible descifrar el resultado.

-Su hija... -dijo finalmente el doctor, con voz ronca-, parece que está bien.

Adam no pudo evitar soltar un fuerte suspiro.

–Hijo –dijo el doctor refiriéndose hacia Adam–, ¿puedes llevar a tu hermana a pasear?

Algo andaba mal, si dijo que estaba bien, por qué su tono de voz seguía como si fuese a dar una mala noticia... O es que hay una mala noticia.

–No –respondió en voz queda, Adam–. Aquí me quedo. ¿Qué le sucede a mí hermana? –el tono de su voz iba subiendo de nivel.

–Hijo, haz caso –le ordenó su padre. Adam solo movió la cabeza negativamente.

–Sólo lo repetiré una vez más: ¿Qué le sucede a mi hermana?

–Adam... –dijo su mamá pero no con firmeza así que Adam no bajó la guardia.

–¡Sólo quiero saber qué le sucede a mí hermana!

Michelle volteó rápidamente hacia Adam y lo abrazó apenas detectó el tono de su voz.

–¡Adam, cálmate! –dijo su mamá nuevamente.

Adam obligó a Michelle que se bajara, se levantó de la silla y se acercó al médico. Se puso firmemente frente a él. En sus ojos, rabia y tristeza, pero al mismo tiempo compasión y súplica miraban al doctor derramando unas cuantas lágrimas.

–Dígame que mi hermana estará bien.

El doctor no respondió...

En el cuerpo de Michelle, dentro de su pecho, su corazón, no latía arrítmicamente como debe de ser, su pulso no era normal, por lo que se cansaba rápidamente. Periódicamente le llegarán convulsiones y por supuesto, bajará mucho de peso..., se irá debilitando hasta que finalmente...

Adam había terminado bien el semestre, con un pie puesto para el siguiente, por lo que le tocaba como recompensa, mes y medio de vacaciones. La familia ahorró para viajar a casa de la abuela y así, hacer una comida familiar. Los tíos de Adam podía llegar en coche, pero ellos tenían que viajar en autobús, por tres horas.

Durante el camino, Michelle se refugiaba en las piernas de su madre y en las de Adam. Ella tenía la libertad de hacer cuando en una posición

de cansaba, sin duda, por ese lado, Adam le envidiaba, pues comenzaba a sentir que la línea de su trasero comenzaba a desaparecer. El conductor, es un total salvaje al momento de acelerar y/o rebasar, el camión se estremecía de un lugar a otro acompañado con sonido de los fuertes cláxones.

En la última hora del viaje, una joven de unos veinticinco, se sentó en el asiento trasero en el que estaba la familia de Adam. Michelle se acomodó entre las piernas de su mamá y de su papá para mirarla. Desde que se subió aquella muchacha, Michelle sintió su estado de ánimo, su rostro figuraba tristeza y depresión. La pequeña Michelle se le quedó mirando mientras la joven veía por la ventana el paisaje moverse hacia atrás, una lágrima brotó de su ojo y se precipitó hacia abajo lentamente por sus mejillas. Antes de llegar a los labios, y caer, la lágrima se detuvo, Michelle movió la mano hacia el cachete de la joven y le secó aquella lágrima. La muchacha volteó al sentir el suave rose de la mano de la pequeña, la miró, vio sus inconfundibles ojos azules y su cabello que se movía por el viento que entraba por la ventanilla. Michelle le sonrió y la joven también. Después, la pequeña acomodó su cabeza sobre el hombro de su mamá. La mamá de Adam y su padre se encontraban distraídos en otra cosa que no hicieron caso de ello.

Unos cuantos kilómetros después, la joven se bajó del autobús con una sonrisa.

Finalmente habían llegado a la terminal, Michelle se encontraba exhausta.

–¿Quieres que te cargue? –le preguntó su papá.

Michelle movió la cabeza negativamente.

–Creo que habrá que tomar un taxi, Walter –comentó la mamá de Michelle.

–Sí, eso creo. Pero los taxis se encuentran a la siguiente cuadra, habrá que caminar y Michelle se ve cansada –le respondió el padre.

–¡Pues cágala! –bramó la mujer.

–¡Ya le dije, pero no quiere! –replicó el padre.

–Vámonos –dijo Adam.

Ambos padres voltearon y vieron a Adam avanzar hacia la salida de la terminal con Michelle en sus hombros. Arquearon las cejas y caminaron para alcanzarlos.

Tomaron el primer taxi y fueron a casa de la abuela.

Al llegar, Adam acostó a Michelle en la cama de la abuela. La abuela le dio unas cuantas almohadas para que las pusiera alrededor de la cama, con el fin de evitar que la pequeña se cayera.

–Esto hacíamos cuanto tú te dormías –comentó la Abuela después de colocarlas estratégicamente.

–¿Y funciona? –preguntó Adam.

–Bueno, al menos no te dolieron los golpes.

Adam arqueó las cejas. La abuela se puso a reír.

–¡Abuela!

–Es broma hijo, siempre funciona. Bueno, vámonos, hay que dejar que duerma.

Salieron del cuarto sin hacer ruido y cerraron la rechinante puerta lo más despacio que pudieron.

Horas después, los demás familiares del papá de Adam llegaron a la casa; y con ellos, sus hijos, primos de Adam y Michelle. Sí, los culpables de que los primeros siete años de vida de Michelle hayan sido odiados por Adam, ahora tiene el coraje de decirles que él la quiere como a nada en este mundo.

Hicieron una rica cena, bromearon entre pláticas y pláticas y de vez en cuando, la mamá de Adam iba a revisar a Michelle. Ella dormía tranquilamente.

Mientras los primos de Adam fueron a un mandado, él se quedó en el estudio del fallecido abuelo. Se sentó y admiró el cuarto, viendo como los títulos otorgados hacia el abuelo, fueron enmarcados y colocados en la pared, con un librero lleno de enciclopedias y demás. En el escritorio, se encontraba una hoja en blanco, sin nada escrito. A su lado, una pluma, lista para ser tomada y a escribir. Adam recordó sobre los poemas que escribía el abuelo y cómo siempre que lo iba a visitar, le contaba uno a uno... Ese talento se le heredó a él de alguna manera, solo que en vez de escribir poemas, escribía historias y a veces, se expresaba de una manera muy poco peculiar en las cartas.

Mientras cursaba en segundo de secundaria, Adam se enamoró de una chica de un año mayor que él. Logró conocerla y hasta la invitó a salir, ella aceptó con todo gusto. La llevó en un restaurant en el que

trabajaba su tío Martin, su tío favorito, por lo que, el costo, fue a la cuenta de él. Adam le escribió una carta, en la que, de manera concreta, le representaba lo que sentía por ella..., aquellas palabras hicieron a la joven llorar, pues nunca antes nadie se había expresado así, no de esa manera. Sin embargo, la chica le confesó a Adam que en verdad le gustaría que funcionara pero su papá había conseguido un trabajo nuevo y se tenía que mudar. Poco tiempo después, Adam se enteró que en verdad, aquella muchacha, se había enfermado y meses después murió.

Cada tiempo, en plena inspiración, Adam se pone a escribir diversos temas, en el que, una persona puede confesarle su amor.

Tomó la pluma de su abuelo, colocó la punta sobre el papel, y comenzó a escribir. Las palabras le fluyeron de manera natural, no se detuvo hasta ordenar de una mejor manera el uso de aquellas palabras; siguió escribiendo y escribiendo, plasmando sus sentimientos en letras, si es que eso es posible, Adam lo hace. Después de 18 minutos, la abuela entró al despacho. Al escuchar el sonido de la chirriante puerta, Adam se exaltó e hizo un pequeño rayón en la hoja sin querer. Alzó la mirada y vio a su abuela con la cabeza metida al cuarto con la puerta entre abierta y cerrada, y una sonrisa en el rostro. Debajo de ella se encontraba la personita que le sirvió de inspiración a Adam para crear aquellas palabras. Michelle.

Segunda parte:

CRECER

Adam se encontraba a finales del semestre y listo para salir de la preparatoria y estudiar en la Universidad. Sin embargo, aunque él haya adquirido mejores calificaciones y una beca, el estado de salud de Michelle empeoró de una manera muy drástica. El papá de Adam se empezaba a desesperar, el miserable sueldo de su trabajo no le alcanzaba.

Mientras Michelle dormía a gusto en su cuarto, con su tanque de oxígeno a su lado, Adam se asomó por la puerta para notar que su padre se encontraba sentado con las manos en la cabeza y a su lado, su mamá que se le encontraba acariciándolo diciéndole que todo iba a estar bien. En el pecho, Adam sintió un terrible sentimiento, se alejó de la puerta, acercó una silla al lado de la cama donde dormía su hermana y se sentó. Aquellas palabras y la escena de ver como sus padres estaban desesperados, le rebotaban por la cabeza una y otra vez. Con la mirada perdida, intentó en pensar cómo podría poner su ayuda a los padres, volteó a ver a su hermana; ella se encontraba durmiendo, con su tanque de oxígeno al lado y unos tubos que le rodeaban su cuello, daban una curva en sus orejas y se incrustaban hasta su nariz.

Su respiración era profunda, relajante, su rostro figuraba una belleza inimaginable, aún estando enferma. Su cabello conservaba el mismo brillo que cuando antes, lo único que le quitaba atributo a su belleza eran sus ojeras y su muy preocupante flaquees.

Adam dio un suspiro al cielo, en busca de una respuesta, hasta que le vino a la mente explotar uno de sus muy ocultos talentos: cantar. Michelle adoraba escucharlo cantar. Él lo hacía cuando su mamá estaba ocupada en otra cosa, como acomodando el tanque o revisando la receta para darle su próxima pastilla o medicamento, le cantaba cuando ella se lo pedía. La voz de Adam recorría toda la habitación hasta llegar a los pequeños oídos de Michelle, ella cerraba los ojos y sentía los sentimientos que transmitía Adam en cada nota, hasta que finalmente se duerme. En ese momento que él debía ayudar a su hermana, pase lo pase, cueste lo que cueste.

Las clases de ese día habían terminado. Cuando el profesor de Biología, de la última hora dio por terminada la clase, Adam se apresuró a levantarse en frente del salón y decir:

–Compañeros –apenas dijo eso y todos voltearon a verlo con sus útiles a medio meter–, por favor, antes que se vayan, necesito hablar con ustedes.

-¡Ya vámonos! -dijo alguien. Adam frunció el ceño.

-Por favor -insistió-, es rápido. Escúchenme.

-Habla -dijo otro.

-Se trata sobre mi hermana -empezó. El profesor de biología se detuvo y puso atención también-. Ella está grave y mi familia..., no contamos con el dinero suficiente para poder comprar los medicamentos que faltan, y me gustaría que ustedes me ayudaran a recolectar dinero para poder comprarlo.

El salón se inundó de sentimientos. Uno de ellos gritó:

-¡Claro que te ayudaré!

-Y yo...

-Y yo...

-Sabes que cuentas conmigo -agregó otro.

-Te apoyo, carnal.

-Tú dime que hacer y considéralo hecho.

-Yo te ayudaré...

El salón entero confirmó que iban a ayudar a Adam...

Se reunieron en el kiosco del parque donde a Michelle le encantaba ir, claro que ahora por su estado de salud no puede... Llegaron puntuales listos para empezar la campaña.

-¡Chicos! -Gritó Adam y después chifló, todos voltearon-. Primero que nada gracias por venir, segundo; necesito que nos dividamos en cuatro grupos: El primer grupo se irá al centro; el segundo al lado oeste; el tercero al sur y el cuarto al norte. Mañana todos iremos a invadir al lado este de la ciudad.

El lado este de la ciudad era el lado más grande. Por supuesto, un pequeño grupo no podría abarcar todo, así que la idea de Adam era genial.

Adam se unió a un grupo, en sus manos, tenía un bote con un agujero en la tapa, a su alrededor estaba forrado con la imagen de Michelle que decía: «POR FAVOR, AYÚDANOS A AYUDARLA» y otro que decía «HOY POR MÍ, MAÑANA POR TI».

Las personas en verdad ponían su moneda, Adam estaba agradecido que esto funcionaba de verdad. Al final del día, se reencontraron en el kiosco nuevamente y le dieron el dinero a Adam. Era mucho el dinero, pero no era lo suficiente para comprar la medicina.

–Gracias, en serio –dijo Adam y todos se marcharon.

Esa misma tarde, Adam pidió a su mamá que lo dejara llevar a Michelle al parque, creía que necesitaba salir de ese cuarto de estar encerrada. Su mamá aceptó, pero con la condición que sólo serán por unos minutos. Adam al final aceptó a regañadientes.

Michelle se encontraba débil para ir a pie hasta el parque, por lo que, tuvo que llevársela en la silla de ruedas. Le acomodó el tanque a un lado y caminaron. En su camino, Adam iba empujando la silla y hablando con Michelle.

–Ya te urgía salir de ahí, ¿verdad, pequeña monstruo? –le dijo Adam con cariño. Michelle echó una pequeña risa.

–Adam...

–¿Sí?

–Te quiero, hermano.

–Yo también, Michelle. Y no sabes cuánto...

–¿Tú sabes por qué el Sol es anaranjado?

–Pues..., para ser sinceros, no. Bueno, sí sé, pero no sabría cómo explicártelo para que me entendieras.

–Mejor dime que no sabes –Adam rió un poco.

–Está bien, me atrapaste. ¿Acaso tú lo sabes?

–“Sí sé, pero no sabría cómo explicártelo” –dijo imitando a Adam. Ambos echaron a reír.

–El color naranja –dijo la chica de aquél día, con la misma ropa–, significa alegría. Es un color muy alegre.

Adam volteó la mirada sorprendido.

–Hola –dijo Adam en cuanto la vio, sonriendo.

–Dios –continuó la chica sin hacer caso– le puso ese color para que todas las personas estén alegres siempre, con un color tan hermoso.

–Es mi color favorito –comentó Michelle.

La chica caminó al lado de Adam y este siguió empujando la silla, se encontraban ya casi en el parque.

–El mío también –argumentó la chica.

Siguieron caminando hasta llegar al parque, en eso, un par de amigos iban caminando por la misma calzada, entonces vieron a Michelle y se echaron a reír.

–¿Qué es lo gracioso? –dijo Adam.

Esos chicos eran desconocidos. Adam no los conocía y miró hacia la chica para ver si ella los conocía, pero por su mirada, Adam se percató que eran vándalos.

–Oh, nada amigo –comentó uno de ellos entre burla–, es solo que, dile a la pequeña si quiere que traiga mi bicicleta para hacer una carrera de autos.

Apenas terminó de decir aquellas palabras, cuando el puño de Adam aterrizó en el rostro del chico.

El golpe fue tan fuerte que el chico cayó al suelo, su compañero observó la escena sorprendido.

–¡Te advierto que ella es mi hermana y no permitiré que imbéciles como tú se burlen de ella! –dijo Adam echando chispas por los ojos.

El chico del suelo se levantó, enojado, su nariz sangraba, formó su puño y se lo quiso arrebatarse contra Adam, pero Adam logró agacharse y lo tumbó. La ira de Adam era tal, que su fuerza era también de fuerte. Tumbó al chico y en el suelo, comenzó a golpearlo una y otra vez en la cara.

El compañero de aquél vándalo, trató de quitarle de encima a Adam, pero entre los forcejeos terminó recibiendo un golpe también.

La chica, tomó a Adam del hombro, este automáticamente se detuvo, volteó con ojos de furia y en vez de observar a la chica, vio como su hermana estaba llorando. Adam entendió que no debía hacer eso en frente de ella. Se levantó, se acomodó la ropa y dijo:

–¡No vuelvas a decir algo como eso! ¡Pídele disculpas! ¡Hazlo!

Todo atarantado por los golpes, el tipo se levantó e hizo una señal vulgar con la mano y se fue corriendo.

Adam seguía enojado, entonces, sintió en su mano algo. Volteó rápidamente como reflejo, y era la mano de su hermana que se lo sostenía. Poco a poco intentó calmarse, y así fue, su respiración se estabilizaba y finalmente recuperó la cordura. Se agachó y abrazó a su hermana.

Tal vez esto de llevar a Michelle al parque haya sido una mala idea. Ella no podía correr, pues se cansaba rápidamente, sólo se quedaba mirando cómo los demás corrían y brincaban felices. Adam se dio cuenta de ello, y hasta llegó a preguntarle si ya se quiere ir, pero entendió cuando ella le decía que no. La chica desconocida seguía ahí, a su lado hablando con Adam. Ella trataba de eludir cuando Adam tocaba el tema de su lado personal, por ejemplo, cuando le preguntaba dónde vivía, quiénes eran sus padres, etc.

Después de un tiempo, la gente poco a poco se fue retirando hasta dejar el parque solo. La chica desconocida, Michelle y Adam se quedaron, el sol aún brillaba, así que no había prisa de irse. Después de observar la tranquilidad del parque, Michelle dijo:

-Adam...

-¿Sí?

-Me gustaría jugar contigo, aunque sea una vez más.

Adam sonrió.

-A mí también -contestó Adam.

Hubo un silencio por unos minutos, Adam volvió a sonreír, se levantó del columpio y dijo:

-¿Sabes qué? -Michelle volteó hacia él- ¡Al diablo! Juagarás conmigo, no permitiré que una estúpida enfermedad impida que yo juegue con mi hermana...

La chica desconocida y Michelle se quedaron admiradas. No tanto por la forma en que se expresó, sino más bien por el hecho de pensar qué haría él para que Michelle juegue con él.

Adam se agachó, dándole la espalda a Michelle.

-Oye -dijo Adam dirigiéndose hacia la chica desconocida-, ¿me puedes ayudar?

La muchacha se levantó y ayudó a Adam. Colocaron a Michelle en los hombros de Adam, este se levantó y se dirigió hacia la cancha de básquetbol. Tomaron una pelota que estaba ahí (el gobierno había colocado pelotas para el acceso público con el fin de que tengan cuidado en su uso) y se pusieron a unos cuantos metros en frente de la canasta.

Como Michelle no pesaba mucho, Adam tenía agilidad suficiente para agarrarla y rebotar la pelota al mismo tiempo. Claro, que con mucho cuidado. Rebotaban la pelota una y otra vez.

-¡El marcador dice que quedan 5 segundos! -Exclamaba Adam con un tono de un narrador- ¡4 segundos! La jugadora Michelle esquiva ágilmente a todos -Adam hace movimientos típicos cual jugador de Basquetbol profesional-, se prepara, lanza y...

Le pasa el balón a Michelle, Adam se acerca más hacia la canasta, la pequeña lanza la pelota y este cae en el aro y después al suelo.

-¡Canasta! -Brama Adam alzando los brazos y después agarrando a Michelle- ¡La jugadora Michelle Fox es campeona! ¡Uh!

Michelle empieza a reírse, todos los hacen. Adam grita emocionado por todo el parque, sin importarle que alguien lo escuche. Empieza a hacer

gritos de celebración y corre (con precaución) por toda la cancha. Levanta los brazos y baja a Michelle de sus hombros, no la deja en el suelo, pero se la carga en sus brazos y le da unos besos en el cachete.

-¡Hermana! ¡Lo lograste! ¡Ganaste el juego!

-¡Sí, Adam! ¡Encesté! ¡Encesté!

Y siguieron gritando de la emoción. La chica desconocida se había ido. Adam lo notó pero no hizo caso, siguió festejando.

La siguió besando y abrazando..., sin saber, que esa sería su última vez que pudo jugar con ella.

El estado de salud de Michelle ha empeorado. La silla de ruedas ya no era recomendable para la pequeña, por lo que ahora tendría que pasar el resto de sus días en la cama.

La familia completa ha decidido pasar unos días en casa de los padres de Adam. Lo decidieron justo después de que el doctor haya declarado a Michelle en etapa terminal. Adam por otro lado, había mejorado notablemente en la escuela. El instituto había organizado un festival de canto, como celebración de finales del semestre, el último semestre listo para ya ir a la Universidad. Adam por supuesto, se inscribió.

Entró a la casa, con las ganas de llegar y decirle a su hermana que cantará. En serio lo hará. Penetró la habitación con absoluta emoción, pero al ver el rostro de sus familiares, aquella emoción se fue.

–¿Qué sucede? –dijo con voz temblorosa.

–Tu hermana está... durmiendo –le respondió su mamá.

Dio un ligero suspiro. Cuando mencionó la frase de «Tu hermana está...» sintió por un momento que su alma se le iba a sus pies, pero después, su mamá terminó la oración con «...durmiendo».

Dejó su mochila en el suelo, toda la familia estaba en el cuarto de Michelle, se acercó a ella, colocó su mano en la pared y la otra en la cama, se agachó y le dio un beso en la frente.

–Hijo –dijo su padre en voz queda–, ¿puedo hablar contigo un momento?

Adam levantó la mirada rápidamente, pues sabe que cuando su padre le decía que quería hablar con él, se refería que debía darle una mala noticia. Pidió permiso y salieron del cuarto, en la sala estaban los primos de Adam quienes hacían un poco de ruido mientras veían la tele, así que trasladaron su plática en el patio trasero.

Estaba anocheciendo, por lo que la luz era escasa. Llegaron finalmente y se detuvieron al lado de una lavadora. Adam se colocó firme en frente de su padre, esperando a que su papá hablara. Después de un rato, su padre no habló ni dijo nada, Adam comenzaba a desesperarse.

–¿Qué sucede? –dijo impaciente.

–Hijo...

–¿Sí?

El padre dio un suspiro, puso uno de sus brazos en el hombro de su hijo, respiró e inhaló, cerró los ojos por un rato, los abrió y finalmente empieza:

–Aún recuerdo el día que te dimos la noticia que tu mamá iba a tener otro bebé...

Adam no comprendía a dónde quería llegar con todo esto.

–Empezaste a gritar de la emoción –continuó su padre–, decía «¡Viva! Tendré un hermano, tendré un hermano» y eso nos dio gusto. Sin embargo, las cosas cambiaron cuando Michelle llegó. Te empezaste a comportar de una manera diferente, muy diferente. Prácticamente despreciabas a Michelle, no la querías. Te comportabas rebelde, ibas mal en la escuela, etc. Hasta un día, y Gracias a Dios por eso, un día, te diste cuenta del amor incondicional que te tiene Michelle, y tú la empezaste a querer también...

Adam seguía sin entender. Su padre continuó:

–... Y ahora, ella está grave, muy grave. ¿Sabes? No tengo idea de cómo hiciste para conseguir ese dinero para la medicina, pero déjame decirte algo, el doctor dijo que eso alargó la vida de tu hermana un poco.

–Papá, no entiendo... –el señor cerró los ojos y puso su mano en frente, la bajó y abrió los ojos. Como si estuviera tratando de reunir fuerzas.

–Hijo, a lo que voy, es que todas tus acciones, lo que hiciste por tu hermana, han ayudado mucho. No tengo por qué darte las gracias cuando sé que lo hiciste de corazón...

Es cierto, Adam estuvo trabajando arduamente los días siguientes para poder juntar el dinero de la medicina cara de Michelle, finalmente lo consiguió. Meses después la medicina se acabó, pero los médicos dijeron que ya no era necesario comprar más...

–... y ahora –continuó–, ella aún así sigue enferma. Hijo..., los doctores dijeron que tu hermana ha entrado en la etapa terminal de su enfermedad. Calculan que son meses, semanas, tal vez días los que le quedan, y me gustaría que estuvieras ahí con ella.

Adam apenas analizaba lo que acababa de escuchar. La idea de que pronto perderá a su hermana, para siempre, lo hizo expulsar lágrimas de sus ojos.

–¡No! –gritó.

–Hijo... –dijo su papá intentando calmarlo.

–¡No! –Volvió a gritar–. ¡No! ¡No! ¡No!

Justo cuando su padre se acercó a él para abrazarlo, él se alejó.

–¡Tiene que haber una solución! Tiene que haber algo que los doctores puedan hacer...

Era absurdo. Adam, un alumno destacado a finales del bachillerato, saber perfectamente cuando los médicos dicen «Etapa terminal», era absurdo pensar para él que había una posibilidad... Sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas de que hubiese una.

Tercera parte:

VOLAR

El grupo de Voluntarios para la decoración del evento, en verdad se lució cómo adornaron el escenario. Distribuidos por casi toda la escuela, había mesas en las que se vendía bebidas o comida. El suceso empezó a las 7 de la noche, la organización marcaba que a Adam le tocaba cantar casi hasta el último.

–¿Estás nervioso? –le pregunto Karina a Adam.

–Un poco... –contestó.

Karina era una de las pocas amigas que hizo Adam a lo largo de su tiempo en la preparatoria, de hecho, ella fue la primera que se animó a ayudar a Adam a recolectar dinero para la compra de la medicina de Michelle. Lo que no sabía, desde luego, era que ella siempre había sentido algo por él, sólo que él no lo notaba.

–¡Cielos! Ese chico canta bien –dijo Karina señalando con la mirada al alumno de cuarto semestre quien se encontraba cantando.

–Deberías escucharme –presumió Adam. Ella lo miró y pegó una sonrisa.

Karina también poseía talentos musicales, sólo que nunca se anotó a la programación, pues ella esperaba a que acabara para así poder entrar al *Free Karaoke*, donde quien quiera, tenga vocación musical o no, pueda cantar.

Después de unos minutos, Roger Henderson, conductor del evento, un chico carismático del sexto semestre, subió al escenario para anunciar la entrada de Adam.

–Y ahora, con ustedes, un chico al cual, me enorgullece decir que es mi amigo, por favor, ¡démosle un fuerte aplauso para Adam!

La gente comenzó a gritar, deseando ya escucharlo. Adam había adquirido cierta popularidad entre los de sexto semestre, solo que él no lo notaba como todo lo demás, acerca de ello. Subió un pie al escalón que conducía al escenario, admitiendo que en verdad empezaba a sentir nervios.

–¡Buena suerte! –gritó Karina antes que subiera.

Adam se colocó frente al micrófono, viendo cómo la gente lo miraba, gritaba y aplaudía. Roger Henderson se bajó del escenario.

–Hola –dijo Adam–, quiero dedicar la siguiente canción a una persona –murmillos de y gritos de emoción–, y antes que empiecen a pensar mal,

se trata de mi hermana –suspiros por parte de todos–. Ella está muy enferma y ojalá estuviera aquí para oírme, así que, la siguiente canción es para ella.

Hizo una señal hacia el DJ y la pista de la canción comenzó a sonar. Inhaló, abrió la boca y comenzó a cantar...

Otra luna nueva yo te quiero.

Mucho más que tres lunas atrás.

Te quiero mucho más de lo que puedo.

Te quiero aunque decirlo esté demás...

Yo... te quiero.

El mundo está al revés y yo te quiero.

Quererte me hacer ser alguien mejor.

Te quiero a veces más de lo que quiero.

¡Te quiero aunque a veces cause dolor!

Te quiero...

No voy a rebuscar en la academia,

Palabras para ver quién me las premia.

Si este mundo cabe en dos palabras...

Te quiero...

¡Te quiero mientras dure que te quiera!

Te quiero porque es la mejor manera,

De burlarme de tus enemigos.

Te quiero porque así es como te quiero

Te quiero y sabes bien a qué me refiero

A no quererte más porque no puedo.

Pensé que era importante

Qué supieras que te quiero

Y nada más...

De pronto, vislumbró unos ojos conocidos entre el público. ¿Será...? Primero, vio su cabello, después, su ropa, la gente se hizo a un lado y finalmente la vio, pequeña, entre el público, en aquella silla de ruedas, débil, pero con suficiente fuerza para poder ver y escuchar a Adam.

Entre el público, estaba Michelle.

Adam siguió cantando.

Ya fui tipo duro como acero.

De esos que se guardan la emoción.

Yo primero muerto que un te quiero.

Decía antes de hacerte esta canción...

Te quiero...

Te quiero solo porque a ti te quiero.

¿Qué sería de mí si no es así?

Como dijo Pablo a Sangre y Fuego

Como digo, yo te quiero así...

Te quiero...

No voy a rebuscar en la academia.

Palabras para ver quién me las premia

Si este mundo cabe en dos palabras...

Te quiero...

¡Te quiero mientras dure que te quiera!

*Te quiero porque es la mejor manera,
De burlarme de tus enemigos.*

*Te quiero porque así es como te quiero
Te quiero y sabes bien a qué me refiero
A no quererte más porque no puedo...*

*Pensé que era importante
Que supieras que te quiero y nada más...*

Dejó que la pista sonara, brinco hacia el público sin importarle la altura (no era tan alto). Corrió entre la muchedumbre y llegó a abrazarla. Mientras que detrás de ella estaban sus padres viéndolos. Se separó de ella, colocó el micrófono en frente de su boca y siguió contando las últimas estrofas.

*Te quiero porque así es como te quiero
Te quiero y sabes bien a qué me refiero
A no quererte más porque no puedo...*

*Pensé que era importante
Que supieras que te quiero y nada más...*

-Te quiero hermana.

-Y... yo a ti... hermano...

Michelle Fox falleció dos semanas después de que Adam se graduara de la preparatoria.

Había ido con sus amigos a festejar, y así, poder iniciar su carrera. Cuando se encontraba caminando por la calle, luego de aquella comida. El cielo se encontraba nublado, con ganas de querer llover, escuchándose de vez en cuando truenos.

En la calzada de su calle, vio gente reunida en la entrada. Cuando lo vio, apresuró el paso, hasta que ya no puso y corrió. Entró a la casa sin avisar, había un montón de gente en su casa, familiares, amigos, vecinos... Siguió avanzando a paso rápido hasta el cuarto de Michelle, cuando entró, vio la terrible escena.

Su madre y su papá se encontraban llorando al lado de su cama. El tubo que le transportaba el oxígeno hasta su nariz fue extraído de su lugar y puesto a un lado. Notó cómo los demás estaban llorando también y él no lo lograba creer. La tía Lucy se le acercó a Adam.

–Adam... –le dijo.

Pero no hizo caso. Dio unos pasos hasta encontrarse en frente de su hermana inmóvil. Las lágrimas le empezaron a brotar sin estar consciente de ello.

–No... –dijo finalmente–. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Michelle!

Abrazó a su hermana pero ya no sentía su calor corporal, sino que la temperatura de su cuerpecito se empezaba a enfriar. Siguió abrazándola con más fuerza, como dos cuerpos siendo un solo ser. Claramente escuchó un último suspiro de Michelle, y por un momento le dio la impresión que aún seguía viva. La miró a la cara pero sus ojos estaban cerrados e inmóviles. Ella se había ido.

Salió de la casa, esquivando a la gente hasta llegar a la calle. Siguió corriendo sin saber a dónde ir. Tomó unas cuantas cuerdas hasta que finalmente llegó al parque al que iba a jugar con Michelle. La lluvia se soltó de manera precipitada, la calle se encontraba casi sin carros circulando. Corrió en dirección hacia los columpios donde acostumbraba a sentarse con Michelle, pero el suelo resbaloso hizo patinar sus pies y se cayó. No le importó. Empezó a llorar, y gritar «¡No!» a cada rato. No quería aceptar el hecho de haberla perdido.

–Oh, Michelle... –murmuró entre sollozo–, te quiero. Te quiero...

Aún acostado, se dio vuelta, dejando su cara hacia el cielo. Sin importarle que la lluvia lo majara. Seguía llorando.

De pronto, escuchó una risita. Pero de cualquiera, esta la conocía...

-¿Michelle? -dijo precipitadamente y alzó la cabeza.

No había nadie. La risa se volvió a escuchar.

-¡¿Michelle?! -repitió. Pero no hubo contestación.

Entre miradas y miradas por todas partes, claramente vio su silueta entre la cancha de basquetbol.

-¡Adam! -gritó alguien.

-¡¿Michelle?! -volvió a gritar.

-¡Adam!

La lluvia apretó con más fuerza, la visibilidad era escasa. Vio una silueta que se acerca a él.

Era su padre.

Se acercó a Adam, quien aún se encontraba tirado en el suelo, lo sujetó de los brazos, llorando también.

-Hijo... -murmuró su padre entre sollozo, Ada también comenzó a llorar.

Y ambos se empezaron a consolar mutuamente.

El entierro fue el 26 de Julio, exactamente un mes antes del cumpleaños de Michelle.

Guardada en una pequeña caja, y al lado del abuelo, Michelle fue enterrada para su descanso eterno. Adam aventó el primer puño de tierra, y después una rosa de papel color anaranjado. El color favorito de Michelle.

Entre la multitud, se encontraban los compañeros de Adam, el profesor de biología, algunos vecinos y por supuesto, la familia.

Adam alzó la mirada, el cielo se encontraba nublado como aquél día, pero sin señales de lluvia. Suspiró y dejó un solo pensamiento en su mente... La sonrisa de Michelle.

-Te extraño... -murmuró.

EPÍLOGO

Michelle,

Han pasado 10 años desde que te fuiste de mi vida. Hoy es tu cumpleaños número 18. Imagino que ahora debes de ser una jovencita hecha y derecha en cualquiera lugar en el que estés, eso espero... Déjame decirte que han pasado muchas cosas desde que tú te fuiste. Papá y mamá se mudaron a la casa que les compré, La tía Lucy por fin cumplió su sueño de tener hijos, y yo... pues, estoy preparando mi maestría y además, ahora soy padre. Tengo una familia con esposa, Karina.

Fue niña, ¿puedes creerlo? Niña. Le pusimos Michelle, en tu honor. Es tierna, juguetona, traviesa, le encanta escucharme cantar, cómo a ti. De hecho, creo que se parece mucho a ti. Sacó tus ojos.

Oh, Michelle, espero que me vieras ahora. Has cambiado mi vida, y de verdad me odio todos los días por haber desperdiciado los primeros siete años de tu vida. Sé que tal vez no fui un hermano perfecto pero quiero que sepas que tú lo fuiste. Y aún sigo creyendo, y lo juro por Dios, que cuando pasé cerca de aquel parque al que te gustaba ir, te vi jugando con nuestra desconocida amiga. Supongo que ahora entiendo cuando ella me dijo que sólo venía al parque cuando los ángeles lo hacen. Nunca me faltó tu cariño, tu amor..., pero verás que pronto nos reuniremos y podremos disfrutar de la eternidad juntos. Mientras tanto, será difícil poder olvidar esos inconfundibles ojos azules, pues cada vez los veo en mi hija...

Michelle, feliz cumpleaños. Todos mis éxitos te los dedico a ti, nos veremos pronto. Salúdame al abuelo de mi parte.

Te quiero.

Adam.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todos los que se dedicaron a leer esta pequeña historia hasta el final.

A mí madre por decirme que formule bien mis pensamientos y así logré terminar esto. Esta historia va dedicada a todos aquellos que tienen y no tienen hermanos. Especialmente para Isidro, quien me ha enseñado que no solo es mi hermano, sino también, mi compañero.

Gracias nuevamente a los que leyeron esta historia, espero que lean las demás que estoy preparando.

Andrés.

2014 © Autor-AndresCS Home Entertainment – Todos los derechos reservados.

WWW.AUTOR-ANDRESCS.BLOGSPOT.COM

Esta historia fue creada por Andrés Carrera. Si detectas que otro sitio plagia o exhibe esta obra recibiendo una comisión, házmelo saber en mi Twitter personal (@AndresCarrera). De antemano, gracias.

La historia contiene letra de la canción "Te Quiero" de Ricardo Arjona. En ningún momento el autor de dicha obra recibe pensión por la exhibición del mismo y el uso de la misma depende de aquél que posee. Andrés Carrera queda libre de toda demanda directa o indirecta. No nos hacemos responsables del uso indebido del mismo.